

BLANCO, NEGRO Y PLATA

(MISCELÁNEA RACISTA)

I

Normalmente y de una forma vulgar, se suele identificar la libertad con el desenfreno en realizar todo lo que se desea hacer. Es una idea bastante clara y comprensible para todos, aunque no sea cierta en todos sus extremos.

En realidad, y desde un punto de vista particular y material, la verdadera libertad consiste en una abstención ante ciertas cosas. Así, dejamos que los demás actúen sin trabas de ningún género, en tanto que respeten esa limitación legítima y legal que es la norma positiva, y siempre que algunos —pocos— puedan, en queriendo, abstenerse de realizar ciertas actividades.

Y, sin embargo, molesta profundamente, hiere y coarta nuestro albedrío, cuando la sociedad política se adelanta a nuestros deseos más íntimos y reglamenta o establece implícita o estatutariamente una abstención. Toda ley debe ser discreta y prudente, y, la discreción y la prudencia son un equilibrio moral entre una causa y un efecto: nunca puede ser una negación continua. Es el querer convertir un «puede ser», en un «debe ser».

Todas estas consideraciones vienen a colación, por cuanto las mayores abstenciones que se han establecido por norma jurídica positiva o por uso inveterado han sido las limitaciones de índole racista.

«Hay cosas que repugnan oídas, pero no vistas: la diferencia está en que oídas no podemos sentir caridad». En determinada ocasión escribí las anteriores palabras y ahora vuelvo a hacer hincapié en ellas. Es natural que en puro razonamiento a nadie le agrade un hibridismo racial violento, pero debemos reconocer que el corazón tiene argumentos que saltan por encima de toda barrera razonable. El hombre tiene un albedrío, un funcionalismo fisiológico y un espíritu que se imponen con fuerza incontrastable. Muchas veces el corazón y la fisiología logran acercamientos que no se hubieran conseguido con siglos de predicaciones racionalistas.

Al abordar el tema del racismo, hay que distinguir dos facetas:

La primera de ellas, se refiere al aspecto científico de la cuestión. Doctores tiene la Ciencia para tratar de esta materia. Pero hay que dejar sentado que ninguna consideración científica es suficiente para justificar una limitación material en las más nobles y justas apetencias del hombre, pues éste únicamente debe dar cuenta de sus actos al Supremo Hacedor.

La segunda faceta, es la política. Si en el primer punto sostenía que no debía haber limitaciones, en el segundo, con más razón, se puede defender parecida postura, por cuanto todo hombre debe participar en el poder político que rige la sociedad estatal a que pertenece, a través de las comunidades o instituciones que le representan.

A todo hombre libre y consciente le repugnan todos los extremos racistas,



desde las teorías de Moeller, Hitler, Gobineau, Lapouge, Rosenberg, Chamberlain, Van der Bruck, hasta el indigenismo propugnado por Bustamante, Franz Tamayo, Ricardo Riaño o Haya de la Torre.

Repele el establecimiento de sutiles diferencias como la que existe cuando se determina que «todos los ciudadanos son iguales ante la Ley» —mejor dicho, iguales en el cumplimiento de las leyes coactivas—, mientras que soterradamente existe la costumbre de que sean diferentes ante la Administración. Todavía existe la diferencia entre ciudadanos y súbditos: todavía existe el *ius civile* y el *ius gentium*.

Asquea la sola enumeración del vocabulario creado para designar a los seres humanos racialmente impuros, según el tanto por ciento de sus sangres mezcladas: mestizo, mulato, zambo, cholo, jíbaro, jenízaro, calpamulo, albarazado, cambujo, zambaigo, cuarterón, tentenelaire, tornatrás...

Tan ridículo es el que hayan existido o existan pueblos, tribus o castas endógamas, como exógamas, por principio absoluto; y, sin embargo, la discriminación racial fué establecida por el pueblo que ha sido la mayor víctima del racismo a través de la historia: por el pueblo hebreo. El judío ha resistido durante siglos, conservando su pureza racial, moral y hasta cierto

punto religiosa, por lo que ha sido considerado como un extraño en naciones donde llevaba asentado cientos de años. Alrededor de este aislamiento se han escrito numerosas páginas en todos los países europeos, siendo la prueba más cercana, ciertas leyendas toledanas y andaluzas.

El «pogrom», la persecución sangrienta y airada, las leyes inmigratorias, las disposiciones esterilizadoras y emasculadoras de determinados delincuentes, el puritanismo cristiano y la discriminación racial han nacido en pueblos en donde el israelita ha predominado socialmente.

Así se descubrió la importancia que puede tener un trozo de intestino de verraco, ciego artificialmente. Por aquel entonces, la Gran Bretaña comenzaba a vislumbrar con claridad rutas imperiales. Y las intenciones de cierto médico inglés eran más bien agénicas que profilácticas.

Así se llegaron a provocar incidentes que hubieran sido cómicos de no ser estúpidos, como los que tuvieron como protagonistas a unos diplomáticos representantes de Haití y Liberia en un determinado país que ya podríamos llamar, en su honor, ex-anglosajón.

Y tantas y tantas cosas sandias, como la estulticia de ciertos biógrafos del poeta inglés Robert Browning, cuando afirmaban que éste— que era bastante moreno— debía llevar en sus venas «sangre negra, pues parecía un italiano del Sur».

II

El cinematógrafo es quizá el medio de expresión más completo que el hombre ha encontrado, artísticamente. A su éxito contribuyen la música, la literatura, las artes. El cinematógrafo es acción, color y verbo, aunque se haya querido prescindir de este último. Sus escenarios no tienen límites algunos. Todo puede ser presentado ante los atónitos ojos del espectador. La Ciencia ha acumulado perfecciones, contribuyendo a su desarrollo con la radiotécnica, la fotografía, la luminotecnica, la acústica, la electrónica.

Esta forma de expresión es la más propia, por su gran difusión, para plantear interesantes problemas humanos, educando y formando.

Concretamente, en el cine americano hemos visto exponer, con toda su crudeza, las lacras de su ambiente social. «Soy un fugitivo» y «Scarface» —ambas películas interpretadas por